

MARIO ORTÍ Y RAFAEL IBÁÑEZ

# Bases históricas de la invisibilización de la ciudadanía laboral en España

## La crisis de la conciencia en la conciencia de la crisis

*El retorno del fantasma de la crisis, ahora incorporada entre los fenómenos de moda, ha vuelto a poner sobre la mesa numerosos interrogantes acerca de la naturaleza específica del desarrollo (capitalista) alcanzado por la sociedad española, al tiempo que ha arrojado un poco más de luz sobre sus contradicciones. Por un lado, se hace patente la insostenibilidad específica de un modelo neofinanciero llevado prácticamente hasta sus últimas posibilidades durante los últimos años y, en el caso español, sustentado sobre una suerte de neoneocon-ladrillismo patrimonialista. Por otro, algunos elementos del escenario ideológico que ahora se abre permiten repensar la maltrecha y denegada base social interna de las actuales sociedades del centro: la ciudadanía laboral ¿Tendrá esta algún papel socialmente progresivo que jugar todavía?*

El proceso de producción no es más que el eslabón inevitable, el mal necesario para poder hacer dinero. Por eso todas las naciones en que impera el sistema capitalista de producción se ven asaltadas periódicamente por la quimera de querer hacer dinero sin utilizar como medio el proceso de producción.

K. Marx, entre 1864 y 1877<sup>1</sup>

Mario Ortí es profesor de sociología en la UCM

Rafael Ibáñez es profesor de sociología en la UAM

A finales de enero de 2009, el historiador marxista Immanuel Wallerstein pronunció sendas conferencias en Madrid ante auditorios abarrotados. Las concesiones a la superficialidad de la actualidad política implícitas en los títulos anunciados para sus intervenciones,<sup>2</sup> no había impedido que algunos de

<sup>1</sup> K. Marx, *El capital. Libro segundo: El proceso de circulación de capital*, edición en internet, capítulo I "El ciclo del capital-dinero", p. 44 [e.o. póstuma 1885] [disponible en: <http://bivir.uacj.mx/libroselectronicosLibres/Autores/CarlosMarx/El%20capital%20II.pdf>]

<sup>2</sup> «Obama y el futuro político del capitalismo» y «Obama, el mundo y la construcción de otro mundo posible» [Documentación y ficheros de audio disponibles en <http://www.universidadnomada.net/spip.php?article310>]

los que las presenciamos esperásemos tener ocasión de asistir a la profundización de sus interpretaciones sobre la crisis histórica del modelo del capitalismo liberal. Unas interpretaciones trabajadas y anticipadas por su parte durante una larga trayectoria y que, como las propias profecías marxianas, parecían ahora (potencialmente) revitalizadas por el poderoso retorno del *fantasma de la crisis capitalista*. Sin embargo, y para no pocos, ambas conferencias entrañaron seguramente un punto de decepción; además de empeñado en expresarse en un más que esforzado castellano, en esta ocasión Wallerstein pareció dejarse atrapar un tanto por la trivialidad periodística de los lemas escogidos, en varios aspectos, tan a la moda. Quizá, como sucede hoy demasiado a menudo, la dimensión de actualidad-espectáculo, reforzada por la condición de *obligado lugar común* que ha terminado cobrando la propia idea de “la crisis”, contribuyó a disolver y subsumir el contenido concreto de su intervención. Algo más lejos pareció quedar la fuerza de la visión del mundo de ese Wallerstein capaz de convertirse, desde los años setenta del siglo XX, en un referente no exclusivamente académico para la interpretación profundamente crítica e histórica de la insostenibilidad del sistema capitalista. Que además partía de la perspectiva materialista de la *larga duración*, y de una vocación de síntesis estructural fundamentalmente alejada de la personalización narcisista al uso entre las estrellas globales del circuito de las ciencias sociales.

Hace ahora algo más de diez años que Ángel de Lucas, un maestro compartido por no pocos de los que intentamos ejercer como sociólogos críticos en España, atrajo nuestra atención sobre otra conferencia impartida por Wallerstein, en este caso, en 1995 en México: «La reestructuración capitalista y el sistema-mundo».<sup>3</sup> Con todas sus posibles limitaciones, incluidas las relativas a la dificultad de un razonamiento situado en ese nivel de globalidad, en pocos sitios como esas escasas 10 páginas de transcripción nos pareció entonces encontrar condensadas y articuladas las dimensiones para pensar sintéticamente los actuales límites de la expansión del mundo capitalista. Partiendo del problema del desarrollo subordinado de las periferias, seguía después una interpretación sobre el proceso de constitución del capitalismo que presentaba elementos comunes con la de otros historiadores marxistas del largo plazo, y que concluía además en una reflexión sobre sus límites concretos. Así, la dinámica de crisis y reconversión permanente que se desencadena a partir de los años setenta del siglo XX no cerraría solamente para Wallerstein el periodo de esplendor de la *geocultura liberal* de postguerra, dentro de una “fase B” o de contracción de una onda larga de la economía mundo, sino que representa un posible inicio del principio del fin del ciclo histórico del capitalismo abierto a mediados del siglo XIX, y cuyo probable punto de inflexión hace tiempo que él ha venido situando en torno a las primeras décadas del siglo XXI.

Antes que el de pronosticar algún inminente derrumbe del sistema capitalista (tal como, prácticamente, se ha puesto ahora de moda hacer entre sectores intelectuales tradicional-

---

<sup>3</sup> I. Wallerstein, *op. cit.*, 1995.

mente ubicados en la ortodoxia), o de poner fecha al desencadenamiento de una crisis de algún modo irrebasable en el corto plazo, el valor de esta argumentación radica probablemente en su capacidad para definir el contexto desde el que pensar las condiciones históricas de posibilidad del actual sistema-mundo capitalista. Al mismo tiempo, permite situar los niveles centrales de la actual crisis y la forma de posicionarse ante ella por parte de diferentes actores: desde la dimensión ecológica a la financiera, pasando por los conflictos abiertos entre el centro y la periferia y sus correspondientes alternativas ideológicas.<sup>4</sup> De igual modo, entender el lugar específico que España juega en este proceso parece difícil sin abordar el ámbito que mejor expresaría las singularidades de su propio modelo social: la historia de medio plazo del capitalismo y la particular forma que ha tenido de vincularse a ella, conectándose y desconectándose de sus dinámicas centralizadoras. Sigamos por un momento la evolución global del proceso.

Para Wallerstein, la inflexión histórica que podría encontrarse no tan lejana actualmente, es una mutación relativamente profunda tras la que el sistema-mundo capitalista dejaría de estar centrado y organizado en torno al *modo de dominación-regulación liberal*. Conformado tras la superación de la *amenaza* de una primera *revolución mundial*, el modelo de *capitalismo liberal* fue la forma de resolución en el medio plazo del viejo e inmediato antagonismo de clases presente en los países del centro a mediados del siglo XIX. De un lado, exigió la marginalización de los intentos proletarios de perseguir su supervivencia histórica a través de la disolución del poder del capital; de otro, la superación de las pretensiones burguesas de solventar los estrangulamientos cíclicos del desarrollo capitalista sin un cierto grado de reforma de las relaciones duales del Estado burgués patrimonial.

Aquella primera gran ola histórica revolucionario-reaccionaria de la era contemporánea fue absorbida en un nuevo capitalismo de escala transnacional, que dio lugar a una innovación ideológica más o menos frágil: las instituciones sociales y las formas de *estratificación y conciencia colectiva reformistas* en torno a la que todavía hoy gravitan los restos del propio orden liberal. Pero, además del desarrollo general de las fuerzas productivas, su desarrollo exigió la incorporación progresiva al control capitalista de nuevos territorios de la periferia, como también la de otros planos de la esfera del trabajo y la vida de las masas populares del centro. Sin embargo, sólo una vez bien entrado el siglo XX, esta incorporación llegaría a cobrar en los países centrales la forma de una disolución del antagonismo principal de clase en el propio mecanismo de reproducción de la relación entre capital y trabajo. El grueso de la conflictividad había sido desplazado hacia el exterior, al tiempo que era refundido en el interior en un nuevo modo de regulación.

---

<sup>4</sup> Desde un marxismo algo más (económicamente) ortodoxo, estos argumentos de Wallerstein han recibido la crítica de *circulacionistas*, en la medida en que dejarían de lado el vector central de la producción y acumulación de capital y su tendencia a la *caída de la tasa de ganancia* para convertir a la hegemonía de la geocultura liberal en el centro histórico de su interpretación.

Sin embargo, la efímera estabilidad que llegó a conocer ese espacio socio-institucional de la reforma trasciende los límites más bien internos –crisis fiscal del Estado, ruptura del pacto keynesiano, etc.– con los que a menudo se ha interpretado el declive de los Estados del bienestar europeos al limitar su historia al periodo de postguerra. A partir de finales de los años sesenta, las tensiones afectarían ya al conjunto de grandes planos articulados en los que el capitalismo había sido capaz de construirse una escapatoria histórica. Por un lado, afectó a las posibilidades de mantener el continuo salto de escala en la producción y en la formación de capital. De igual modo, lo hizo con la desruralización acelerada del mundo, imprescindible para la obtención de cantidades crecientes de materias primas y la eliminación de residuos del proceso productivo. A su vez y por último, se vieron así limitadas las posibilidades para compensar la disminución de plusvalías que genera la integración del proletariado urbano organizado del centro a través de una incesante pero flexible incorporación periférica de asalariados y consumidores. Estaban ya cercanos los límites planetarios del desplazamiento en extensión y en profundidad de las fronteras de las relaciones sociales subsumidas por la lógica global del capital.

---

Mientras la esperanza de las masas populares en un nivel de vida establemente confortable y su dimensión materialista se sostuvo, resultó altamente funcional para los fines de la geocultura liberal

---

Sintetizando todos los planos de esta crisis en la naturaleza específicamente ideológica del declive del liberalismo, Wallerstein ha situado en torno a la mítica fecha de 1968 el momento de una «segunda revolución mundial, una ruptura que ha tenido sobre las estrategias políticas un impacto tan grande como el impacto de la primera revolución mundial, que fue esa de 1848».<sup>5</sup> Tras ella, el ciclo de crisis y reconversión permanente iniciado hacia 1970 expresa el agotamiento interno de una *geocultura liberal* desplazada por *fórmulas neo-conservadoras*. De un lado, el rechazo a la regulación transnacional de los flujos de capital se muestra ahora prácticamente como una consecuencia directa de la imposibilidad de realización de la dimensión financiera global de las fuerzas productivas a través de medidas de este tipo. Igualmente difícil parece la construcción de un nuevo espacio de prácticas socioinstitucionales capaz de reequilibrar internamente las sociedades del centro, una vez que la fe en el reformismo desarrollista (capitalista o colectivista) dejó de ser un presupuesto de buena parte de los movimientos de la izquierda en el mundo.

Precisamente, el destino final de la mayoría de las revueltas que tienen lugar en torno al año 1968 en buena parte del mundo puede también ser tomado como expresión de los lími-

---

<sup>5</sup> I. Wallerstein, *op. cit.*, 1995, p.1. Los términos *segunda revolución mundial* hace quizá echar en falta una caracterización algo más precisa.

tes de toda una era de intentos de subvertir *desde abajo* el orden liberal cuyo resultado a corto plazo –además de una importante secularización en la moral pública de los países del centro– ha sido, en cambio, la victoria relativa de las corrientes que trataban de desbordarlo desde arriba y la derecha. Como ha subrayado Wallerstein al afirmar que fue la ideología liberal lo que se derrumbó en 1989, mientras la esperanza de las masas populares en un nivel de vida establemente confortable y su dimensión materialista se sostuvo, resultó altamente funcional para los fines de la geocultura liberal. Por eso, la simultaneidad de estas crisis es quizá un síntoma del compromiso con el liberalismo al que habían sido empujados una buena parte de esos movimientos de la izquierda. Seguramente, fue el caso de la influencia ejercida por el bloque soviético en su lucha por controlar los movimientos populares en todo el mundo y la contribución de esta en la conversión del sueño del colectivismo proletario en poco más que una vía periférica hacia el desarrollismo, bajo otras formas técnicas de acumulación y reparto del excedente.

## El modelo español en la crisis del capitalismo liberal

Los coyotes del capitalismo han gritado victoria. Pero los defensores más sofisticados del sistema actual sabían mejor. La derrota del leninismo, y es una derrota definitiva, es una catástrofe para los poderosos. Eliminó el último y mejor escudo político, su única garantía, como fue el hecho de que las masas creyeran en la certidumbre de un éxito del reformismo. Y en consecuencia, ahora esas masas no están más dispuestas a ser tan pacientes como en el pasado. La caída de los comunismos es un fenómeno muy radicalizante para el sistema. Lo que se derrumbó en 1989 fue precisamente la ideología liberal.

I. Wallerstein, 1995<sup>6</sup>

Los diferentes episodios de nuevo keynesianismo contra-redistributivo que suponen las intervenciones del Estado realizadas desde la era Reagan –incluyendo las multimillonarias ayudas financieras otorgadas en la presente crisis 2008-2009–, no impiden que el largo periodo de ajuste abierto tras los años setenta se convierta en el primer momento tras cinco siglos en que el fortalecimiento de los Estados y del sistema interestatal ha sido sucedido por su retraimiento en casi todos los terrenos. Una desestatalización fáctica que, en una mayoría de casos, coincide con el propio crecimiento de la desconfianza popular hacia su intervención, así como con la utilización de esta por parte de los sectores neoliberales. Asimismo, los avatares de construcción de la Unión Europea contribuyen a reforzar estas dinámicas desestatalizadoras y antirregulación. Unificada en torno a las políticas monetarias y a sus sucesivas ampliaciones territoriales de mínimos, hoy por hoy, parece funcionalmen-

---

<sup>6</sup> I. Wallerstein, «La reestructuración capitalista y el sistema mundo», Conferencia del Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, 1995 [Disponible (entre otros) en <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/605.pdf>]

te centrada en la consolidación de un espacio de acción para el capital regional. Otra cosa es que precisamente su construcción se haga en nombre de una integración interestatal realizada por aquella región del mundo todavía presentable (al menos para sus parientes pobres) como la cuna que un día fue de la geocultura liberal más progresivamente reformista.

---

**Buena parte de la fuerza organizada de la ciudadanía laboral fue entregada a cambio de una magra oportunidad en un mercado electoral ya en vías de ser copado por modernos profesionales**

---

En este sentido, la trayectoria descrita por la España postfranquista durante las casi cuatro décadas de crisis y ajuste capitalista, marcada por su incorporación institucional al espacio interestatal de la UE, representa un ejemplo singular de avance parcial y asincrónico desde una posición de semiperiferia retrasada a otra avanzada, realizado precisamente bajo estos signos de la desregulación y el antiestatismo. Nunca curada del todo de sus complejos al igual que tampoco enjugada la distancia socioeconómica en relación a los países de “nuestro entorno”, la España que hace tiempo fue descrita por Valle Inclán como el «espejo deformado de la civilización europea», ha visto determinado el desarrollo de su modelo de capitalismo liberal por la losa de su peculiar forma de pertenencia geopolítica a Occidente.

Institucionalizadas durante el franquismo, las bases de su modelo de regulación liberal cristalizadas durante una etapa autoritaria, se mostraron capaces de realizar la desruralización de su estructura productiva –no sin una gigantesca y más bien brusca expulsión interna y externa de trabajadores–, o de crear una clase obrera industrial mínimamente unificada a través del acceso privado a algunos de los bienes de la norma de consumo. Sin embargo, el comparativamente raquítrico modelo de protección social finalmente alcanzado, prácticamente anticipaba en su interior tanto la estructura dual del actual mercado de trabajo, como el enorme desempleo estructural en el que cíclicamente se ha venido trasvasando la masa de trabajadores precarios que integran su lado desprotegido. Esto fue así, tanto por el carácter privatista que lo inspiraba o por la naturaleza fundamentalmente contributiva de las prestaciones sociales que llegó a incorporar, como por un reflejo más o menos directo del modelo productivo sobre el que fue construido, y en el que un medio agrario laboralmente compuesto por jornaleros irregulares o por pequeños campesinos muy pobres, nunca fue sustituido como sector central del mercado de trabajo por el proletariado industrial. El viejo proletariado agrícola fue en cambio directamente trasvasado a un sector servicios particularmente ligado a la estacionalidad, con niveles de productividad difícilmente elevables y progresivamente sometido a la competencia exterior.

Incluso, contemplado el proceso con una cierta perspectiva histórica, quizá puede decirse que fue precisamente la principal anomalía que durante el franquismo impidió cerrar la integración del conflicto entre capital y trabajo –la denegación simbólica y política de las dimensiones básicas de la ciudadanía laboral bajo un régimen autoritario–, la que ayudó a las organizaciones de la oposición clandestina al franquismo a idealizar la potencia transformadora de una ciudadanía laboral en expansión como centro social. De otra forma, resulta difícil entender sus apuestas por un escenario de ruptura a corto plazo con el capitalismo, ya fuera a través del tacticismo reformista o mediante el voluntarismo de la acción directa. Como otros muchos movimientos de las izquierdas del mundo que fueron herederos de la enorme agitación política en torno a 1968, confundieron la crisis de la geocultura liberal y el ajuste capitalista con el declive de la hegemonía burguesa, ignorando las líneas abiertas de su reconstitución bajo otras nuevas formas. De manera específica, lo hicieron al identificar al franquismo con una oligarquía precapitalista y, frente a ella, tomando la existencia de una presunta *burguesía nacional progresista* (ya fuera bajo su condición de potencial aliado o como simple actor con intereses propios frente a los del búnker franquista) como posición clave en el avance colectivo en dirección del modelo liberal europeo y, visto su declive, a la posibilidad de superarlo en dirección hacia el Este.

El resultado, jugado durante el proceso de transición al postfranquismo, fue una transacción enormemente asimétrica por la que, sobreestimándola en intensidad y duración, buena parte de la fuerza organizada de la ciudadanía laboral fue entregada a cambio de una magra oportunidad –sólo para algunos– en un mercado electoral ya en vías de ser copado por modernos profesionales, históricamente convocados como ejecutivos de la revolución global antiliberal y antiestatista en el sur europeo. Se abrió así el camino para un descentramiento político de la ciudadanía laboral que no acababa con ella, pero la institucionalizaba y la recortaba a un tiempo, con el efecto añadido de hacerla casi invisible como centro social. Fue un proceso sin excesivas resistencias que no fueran locales y que, en cambio, tuvo a su favor la dinámica de ajuste capitalista, facilitada primero por el carácter empresarialmente subordinado del sector productivo español y, más tarde, reforzada por los acuerdos de incorporación a las instituciones europeas. Al tiempo, ideológicamente posibilitado por una (manipulada) combinación del prestigio progresivo de la democrática *Europa*, de la herencia simbólica de la segunda república y del popular miedo al retroceso, el fatalismo y –quizá incluso– por el complejo de culpa con que la clase obrera asistió a la liquidación del modesto espacio de razón común democratizadora que había contribuido a construir durante los años anteriores.

La revolución conservadora encabezada a nivel global por Reagan y Thatcher, encontró continuidad en esta disolución de la centralidad social y política obrera y, con ella, del lado más progresivo y real de la ciudadanía laboral como elemento de democratización social.

La reconversión industrial no sólo hizo contraerse el empleo, con el balance de la destrucción de más de uno de cada seis empleos que existían al comienzo de la misma y llevando la tasa de paro del 1% de 1970 a casi el 22% de 1985,<sup>7</sup> sino que cristalizó una estructura dual del mercado de trabajo con una masa de paro, empleo temporal y empleo más o menos sumergido que, según algunas estimaciones, podría llegar a englobar durante todo el periodo a más de la mitad del total los trabajadores. Es cierto que la reinstitucionalización del Estado social incluyó algunos elementos socialmente progresivos, como un modelo fiscal mucho más desarrollado que el franquista (si bien hoy ya en clara regresión), la universalización de la asistencia sanitaria o el desarrollo de las prestaciones no contributivas. Sin embargo, el resultado global fue la “asistencialización tendencial” de las políticas sociales, el desmembramiento de la mayoría de sus prestaciones entre los servicios de las diferentes Comunidades Autónomas y, en general, una tendencia a la privatización e individualización de los fines del gasto social que se culminó con la liquidación de la práctica totalidad del sector público, incluyendo la banca.

## A propósito de la contradictoria revisibilización de la ciudadanía laboral en España

Comparándola con la situación de la Gran Depresión, el historiador E. Hobsbawm se ha manifestado en términos pesimistas con respecto a las posibles consecuencias políticas de la actual crisis global. Desde su punto de vista, el efecto a corto plazo de la depresión de los años treinta fue el fortalecimiento reactivo de la derecha, con las excepciones de los países escandinavos donde se asistió a un primer ensayo de su modelo socialdemócrata, y de EEUU, donde se inició su equivalente del *New Deal*. Sin embargo, el resultado fue este si nos centramos en las síntesis institucionales alcanzadas: quizá sobre todo en esos países la hegemonía política logró cristalizar tempranamente en un nuevo modelo de capitalismo nacional reformista, pero lo cierto es que la crisis tuvo resultados ideológicamente polarizantes y que estos afectaron de forma muy desigual a cada uno de ellos. En muchos lugares actuó también como un acelerador político de los movimientos populares, si bien, quizá facilitando, también en ocasiones, una reacción posterior en forma de dictadura burguesa, tal y como –con diferentes procesos–, sucedió tanto con la España republicana como en la Alemania de Weimar. En todo caso, los regímenes de inspiración más o menos fascista llegaron al poder allá donde el desarrollo capitalista estaba menos articulado con un Estado capaz de liderar la reforma y canalizar el conflicto de clases, en mucha mayor medida que simplemente donde los efectos económicos de la crisis fueron más agudos. Algunos de estos regímenes se convirtieron además

---

<sup>7</sup> Por su parte, el rapidísimo crecimiento del desempleo en la presente crisis 2008-2009 lo ha hecho pasar del 8% de la población activa en 2007 al casi 20% a finales de 2009.



en pioneros de la implantación de las recetas keynesianas, anticipando la dirección en la que el capitalismo se movería tras la guerra, utilizando otros mecanismos de control de la hegemonía.

Las singularidades del modelo capitalista español se manifestaron también durante todo este ciclo de entreguerras, tanto en la baja exposición a los efectos directos de la Gran Depresión como, en general, con la dialéctica ideológica seguida en la transición desde un primer periodo de keynesianismo autoritario –la dictadura de Primo de Rivera– al paréntesis social e ideológicamente reformista que supuso la segunda república, y la posterior polarización extrema de la guerra civil. Continuada esta durante una primera etapa del franquismo de *dictadura patrimonialista burguesa* (antes que, simplemente, de *autarquía*), muchas de sus determinaciones semiperiféricas continúan en buena medida durante el *keynesianismo autoritario* que representó después el desarrollismo franquista. A su vez, son también las que se encuentran en el reciente ciclo de expansionismo especulativo (con sus propios altibajos: 1985-2007) cerrado por la actual crisis. Es el escenario de una desinflada burbuja financiero-inmobiliaria, central para el PIB nacional, y que en poco más de un año ha disparado el desempleo hasta cotas históricas. Al contrario de lo que sucedió en los años treinta del siglo XX, este crecimiento del desempleo y de la recesión ha sido más notable que en la mayoría de países centrales, con la excepción de un sector bancario proporcionalmente menos afectado a corto plazo.

---

Sobre un fondo de antiestatismo en el que destaca la desconfianza genérica hacia “la clase política” podría decirse que la cuestión social se ha visto repolitizada en alguna medida

---

Sin embargo, es el mecanismo que impulsó la última oleada expansiva del capitalismo español –la burbuja financiero-inmobiliaria que culmina en 2007– el que sirve para entender los límites de las vías por las que el capitalismo transnacional trata de reconstruir sus niveles de acumulación y ganancia y que se ha convertido en desencadenante de esta última crisis. Robert Brenner ha llamado *keynesianismo de precios activos*<sup>8</sup> a un mecanismo con honda raigambre en la historia de nuestra sociedad de consumo, y por el que el Estado, combinando medidas liberalizadoras y de estímulo fiscal, potencia la participación popular en la compra de activos financieros e inmobiliarios como forma (netamente antirredistributiva) de impulsar una demanda interior difícilmente saturable... al menos, hasta el estallido de la correspondiente burbuja.

---

<sup>8</sup> R. Brenner, *La economía de la turbulencia global: las economías capitalistas avanzadas de la larga expansión al largo declive, 1945-2005*, Akal, Madrid, 2009.

Producido este, parece pronto todavía para asumir hasta dónde llegarán los efectos sociales de este ciclo específico situado en una crisis más amplia. En cambio, parece clara la primera oleada de polarización ideológica a la que ha ido asociada. Sobre un fondo de antiestatismo en el que destaca la desconfianza genérica hacia “la clase política” agravada por los casos de corrupción que el reflujó de las aguas del capital inmobiliario sacó a flote, podría decirse que la *cuestión social* se ha visto repolitizada en alguna medida. No falta por supuesto la repetición del viejo *mantra* patronal sobre la necesidad de realizar *reformas estructurales* del mercado de trabajo, pero hasta el principal partido de la oposición se cuida de adoptar explícitamente esta posición, al tiempo que se hacen oír otras voces que reivindican la prioridad social del gasto. Por el momento, y pese a algunos tímidos gestos, el Gobierno no parece en absoluto capaz de aprovechar la oportunidad que se le presenta para reintroducir la progresividad en el impuesto sobre la renta, para incrementar los raquíuticos tipos impositivos del capital o revisar las ayudas fiscales a las grandes empresas o a la adquisición de vivienda en propiedad. Además, entre las voces que surgen ahora –no nos engañemos– no falta tampoco una reactivación del discurso antiliberal de una vieja derecha más o menos franquista que hace oír por primera vez en años sus posiciones socializantes de crítica radical al capitalismo, al tiempo que cierra filas contra los numerosos enemigos de España. Si bien, tampoco puede decirse que el crecimiento de las posiciones directamente xenófobas haya tenido la dimensión que presenta en otros países europeos.

Por último, la reactivación de la izquierda real no es todavía más que una tímida tendencia incapaz por el momento de alterar las esclerotizadas dinámicas en materia de acción sindical o, especialmente, de hegemonía electoral. En todo caso, el potencial de progreso sustantivo que pueda quedarle a España en el corto-medio plazo –siempre dentro de una situación sobredeterminada por el contexto global– pasa por la recuperación de la conciencia de que el sistema de capitalismo liberal que todavía vivimos, con todas sus contradicciones, reposa sobre la existencia de una *ciudadanía laboral* significativamente más reprimida y denegada en nuestro caso como conciencia colectiva que en el de otros países del centro. Para ello, se requiere la inversión del proceso que tuvo lugar en los años ochenta y en el que la fuerza organizada de esta ciudadanía laboral es reducida a movilizaciones de tipo defensivo y subordinada a un escenario político-electoral que no ofrece alternativas al proyecto de ajuste capitalista. Parece esta una condición al menos necesaria para que la crisis del capitalismo liberal pueda tener, como expresa ese deseo ahora proyectado desde muy diferentes y hasta contradictorias posiciones ideológicas, algo de oportunidad colectiva.

—El asunto de que un trabajador quiera moverse, se planta la policía delante de la puerta y no hay quien se mueva [...]

—[...] en el año 72 cuando saltó a la cuerda la Bazán, la Astano, les plantaron unos barcos de guerra ahí en la ría para que no se moviera nadie... [...] En parte no tenemos nada que hacer [...] (p. 3).

—A nosotros apretarnos cada vez más, porque ven que no nos movemos, y cuando ven que nosotros queremos levantar un poco el vuelo, ya están, para cada trabajador, dos policías... [...]

## Bases históricas de la invisibilización de la ciudadanía laboral en España

- Entonces, ¿qué hay que hacer? Yo la violencia no la quiero, lo digo honradamente, no la quiero, pero ¿adónde vamos sin ella? [...] (p. 5)
- Porque la gente no tiene conciencia de lo que son.
- Conciencia no la hay.
- Bueno yo digo una cosa, el obrero es obrero, el empresario es empresario, él expone su dinero y nosotros exponemos nuestro cuerpo... ahora a cada uno darle lo suyo [...]
- [...] si hay que apretar el cinturón, tenemos que apretarlo todos.
- Eso lo dice Suárez.
- ... y así estamos nosotros solamente los obreros apretándonos a diario [...]
- Una gota, los compañeros y yo y tal somos una gota de agua en el océano, una aguja en un pajar... es decir, no somos nadie y ellos tienen las riendas del caballo, las tienen ellos siempre. A mi juicio, claro, la unión es la fuerza (pp. 6-7).

Discusión de grupo, obreros de la construcción, El Ferrol, noviembre de 1979<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Reunión de grupo número 3 de la Investigación Cualitativa Continua del CIS (1979-1982) [reunión de peones y peones especialistas de la construcción, hijos y eventuales, parados y empleados, varones de 30 a 40 años, El Ferrol, 11-11-1979].